

SYLVIA MERCEDES

LA NOVIA  
DEL  
REY  
SOMBRA



GRANTRAVESÍA

LA NOVIA  
DEL  
REY  
SOMBRA

SYLVIA MERCEDES

LA NOVIA  
DEL  
REY  
SOMBRA

.....  
LIBRO 1: LA NOVIA DEL REY SOMBRA  
.....

Traducción de Táibele Ha'

**GRANTRAVESÍA**

LA NOVIA DEL REY SOMBRA

Título original: *Bride of the Shadow King*

Texto: © 2022, Sylvia Mercedes

Contenido exclusivo: © 2024, Sylvia Mercedes

Publicado según acuerdo con Ace, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Traducción: Táibele Ha'

Diseño e ilustración de portada: Mara Valencia

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.  
C/Calabria 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª  
08015 Barcelona, España  
www.oceano.com

D.R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2025

ISBN: 978-84-129653-2-2  
Depósito legal: B 7486-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

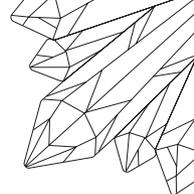
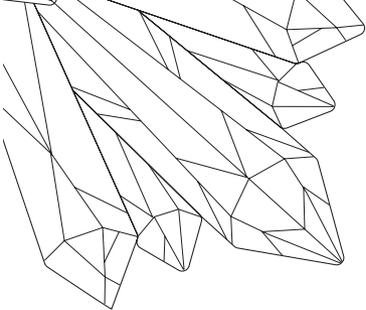
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, [www.cempro.org.mx](http://www.cempro.org.mx)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005918010425

*Para Stephanie Gail,  
mujer de valor*



# 1

.....

## Faraine

—Si hubieras conseguido atrapar al príncipe heredero de Cornaith como marido, no estaríamos en esta situación ahora, ¿cierto?

Cierro los ojos, intentando contener el escalofrío que recorre mi espalda. Las palabras de mi hermano me golpean como bofetadas. Caen de sus labios con tanta despreocupación que cualquiera pensaría que está hablando del clima o del corte de su túnica. Pero la amarga e implícita emoción que se esconde tras sus palabras me hace estremecer, desear hundirme en los cojines del asiento de mi carruaje y desaparecer.

Tomo una profunda bocanada de aire antes de levantar las pestañas y mirar a Theodre, que está sentado frente a mí. Luce resplandeciente, con una capa de viaje ribeteada en piel y un sombrero de plumas que ocupa demasiado sitio en este pequeño espacio. Tiene una espada puramente decorativa apoyada en las rodillas, con la enjoyada empuñadura forjada a juego con su cinturón. Seis gruesos anillos, lo bastante grandes para caber sobre sus dedos enguantados en terciopelo, centellean a cada movimiento de sus manos. Ahora pule uno de ellos, sopla sobre la piedra facetada y la frota contra su manga.

—La guerra es espantosa, ¿sabes? —dice, como si nunca hubiera cruzado esa idea por mi mente—. Es difícil para el hombre común ocuparse de sus asuntos cuando tiene que dejarlo todo y salir a luchar. Las cosechas se echan a perder y sólo las mujeres hacen lo que se necesita hacer. ¡Y vaya espantajos tan feos son! Todas con sus ojos hundidos y sus caderas huesudas. Con sólo mirarlas se me revuelve el estómago. Ahí fuera, con sus arados y sus guadañas, y una pandilla de mocosos harapientos detrás. Es como si no tuvieran orgullo ni por el rey ni por el país.

Levanta su mirada y me observa, sus ojos oscuros resplandecen en la penumbra del carruaje.

—Nada que una alianza con Cornaith no hubiera arreglado. ¡Su caballería habría hecho que nuestros enemigos pusieran los pies en polvorosa! En vez de eso, tenemos a esos malditos seres feéricos arrastrándose por todo el campo, haciendo incursiones, quemando cosechas, robando ganado, todo como si se tratara de un pasatiempo. Así que la gente llega llorando a las puertas de Padre, lamentándose y levantando a sus hijos hambrientos como si él pudiera hacer algo al respecto. Aparte de enviar a más de ellos a luchar.

*Y es tu culpa.*

Él no lo dice. No necesita hacerlo. Siento la acusación subrayando cada palabra, cada gesto, cada mirada. La siento tan profundamente que empiezo a creerla.

*Mi culpa.*

Cultivos quemados. Personas desplazadas. Niños hambrientos.

*Mi culpa.*

Debería haberlo hecho mejor. Debería haber *estado* mejor. Cuando el príncipe Orsan de Cornaith vino a cortejarme, yo

debería haber sonreído y coqueteado y bailado y bromeado. No debería haberme sentado calladamente a un costado, afe-  
rrándome a los bordes sombreados de la habitación, esfor-  
zándome por encontrar los lugares donde la luz y el ruido y  
la risa y la tremenda presión de la gente no rompieran todas  
mis defensas y me dejaran jadeando de dolor. Debería haber  
empujado ese dolor hacia los rincones más lejanos de mi con-  
ciencia —que están sobre todo en mi cabeza, de cualquier  
forma, ¿cierto?— y fingir que no lo sentía. Debería haber pre-  
tendido ser lo que debía ser; aquello para lo que nací como la  
hija mayor del rey de Gavaria.

Pero no pude.

Aun así, el príncipe Orsan podría haberme tomado. Las  
negociaciones ya estaban muy avanzadas, todas las ofertas y  
promesas entre su reino y el mío estaban por culminar. Quizá  
no era la novia que siempre había soñado. Quizá cada vez  
que me miraba, no sentía más que decepción y resignación  
emanando de sus agudos ojos color avellana. Pero él conocía  
el valor de una buena alianza tan bien como cualquier otro  
hombre. Conocía la sabiduría de unir a Cornaith y Gavaria  
contra la amenaza de invasión de los seres feéricos. Además,  
había que considerar mi considerable dote. Sí, a la luz de estas  
tentaciones, él habría seguido adelante con eso.

Hasta que intentó besarme en el jardín.

*¡Oh, dioses!* Cierro los ojos de nuevo, tratando de no re-  
cordar ese terrible momento. Habíamos estado paseando a la  
luz de la luna, la imagen perfecta de una pareja en medio del  
cortejo según todas las apariencias, si se ignoraba la cuidadosa  
manera en que yo me encargaba de mantener casi un metro  
de distancia entre nosotros. Él estaba bastante guapo con su  
túnica bordada de plata, su cabello rubio cayendo hacia atrás

desde su frente, una corona enjoyada rodeando su cabeza. Yo vestía un romántico vestido sin hombros de un delicado color rosa y llevaba mi cabello adornado con perlas. La música nos seguía, interpretada por músicos escondidos detrás de una pantalla de arbustos florecientes. Me había vuelto hacia el príncipe, con la intención de hacer alguna observación sobre el desempeño de los músicos.

Para la mayor de mis sorpresas, Orsan había dado dos pasos rápidos, y me tomó entonces por los hombros. Sus dedos se clavaron con fuerza en mi carne desnuda y tiró de mí hacia él. Sus labios se estrellaron contra los míos. La brusquedad de ese contacto fue demasiado. Todo lo que él estaba sintiendo me arrastró en una ola...: frustración, determinación, miedo, ira, vergüenza, ineptitud. Todo ello. Todo me golpeó en una dolorosa colisión de labios y dientes y lengua.

Mi cuerpo se puso en marcha y reaccionó. Y vomité. Justo sobre el frente de su hermosa túnica bordada.

El grupo de Cornaith salió de la casa de mi padre a la mañana siguiente, una vez que todas las negociaciones terminaron abruptamente. Al día siguiente, Padre me envió al convento de Nornala. No me habló, ni siquiera para decirme cuán profundamente lo había decepcionado. Fue como si quisiera olvidar por completo mi existencia.

Eso fue hace casi dos años. No había oído nada de mi hogar desde entonces, ni siquiera había recibido cartas de mis hermanas. La llegada de Theodre me sorprendió tres días atrás, cuando irrumpió sin avisar en mi habitación privada, llenando la puerta con su gran sombrero de plumas.

—Vine para llevarte a casa, Faraine —declaró sin preámbulo—. El Rey Sombra está buscando una novia, y te necesitan de inmediato.

Todavía no estoy del todo segura de por qué Padre envió por mí. Quienquiera que sea este ominoso *Rey Sombra*, estoy bastante segura de que yo no soy la novia que está buscando. Pero al parecer, mi hermana menor, Ilsevel, declaró que no sería vendida en matrimonio. Tuvo un enorme arrebató y se encerró en la torre este, desde donde arrojó trozos de vajilla sobre la cabeza de cualquiera que intentara acercarse.

—Padre parece pensar que tú podrás hacer entrar en razón a esa chiquilla tonta —dijo Theodre mientras miraba con desprecio alrededor de mi pequeña y modesta habitación del convento—. Nadie más puede, que los dioses nos ayuden. Pero tú has tenido siempre una manera de llegar a Ilsie. Debes hacer que reconozca su deber a la corona y todo eso. Sé útil.

Suprimo un suspiro, me vuelvo hacia la ventana del carruaje y levanto la cortina para echar un vistazo a los campos. Estamos en un declive, descendiendo por el paso de las montañas. Mi vista se extiende sobre kilómetros de las tierras bajas cubiertas por un cielo crepuscular. Observo lo que parece los restos de una aldea no muy lejos de donde nos encontramos: un gran edificio hundido, con humo todavía subiendo desde su techo derrumbado. Casas quemadas, paredes ennegrecidas. Ruina. Devastación. ¿Y qué pasó con los que alguna vez llamaron a esa aldea su hogar? ¿Están muertos ahora, denigrados y masacrados? ¿O deambulan por el campo, sin hogar, indefensos, incluso mientras las tormentas de primavera azotan la tierra?

El mundo entero parece exhalar su desesperación.

Dejo caer la cortina y me acomodo otra vez en mi lugar. Aunque hace un frío terrible, me quito el guante de la mano derecha y lo meto bajo mi capa para sentir el pendiente de cristal que cuelga de una cadena alrededor de mi cuello. Mis dedos se cierran alrededor de él y aprietan sus bordes afilados

hasta que se clavan en la carne de mi palma. Al principio, se siente frío y sin vida. Lentamente, sin embargo, se calienta en mi mano. Detecto la más débil *vibración* en su profundo interior. Cierro los ojos de nuevo, intento sincronizar mi respiración con ese pulso. El dolor retrocede; el revuelo en mis entrañas disminuye. Dejo salir un suspiro.

Sintiendo la mirada de Theodre sobre mí, abro los ojos y le devuelvo la mirada. Levanta una ceja.

—No es una vista bonita, ¿cierto?

Sacudo la cabeza.

—No me había dado cuenta de lo mal que se han puesto las cosas —Mi lengua se siente gruesa y pesada cuando hablo.

Mi hermano resopla.

—Has estado escondida en ese convento durante demasiado tiempo —dice.

Escondida. Sin casarme y sin producir bebés. Sin asegurar el apoyo militar de nuestros vecinos más cercanos. Inútil. Decepcionante. Todo está ahí. Colgando en el aire entre nosotros. No se dice, pero es real.

Bajo la barbilla. Tal vez no estoy siendo justa con Theodre. Después de todo, no lo conozco muy bien. Es varios años mayor que yo y pasó la mayor parte de su infancia lejos del castillo de Beldroth, donde mis hermanas y yo nos criamos. Lo veía en ocasiones especiales para el Estado y en unas cuantas preciadas reuniones familiares, nada más. Este viaje desde el convento representa la mayor parte del tiempo que hemos pasado en compañía uno del otro. Dudo que nos busquemos en el futuro.

—Ah, bueno —suspira Theodre, retorciendo otro de sus anillos como si le estuviera pellizcando—. Si Ilesie consigue enganchar a este Rey Sombra como su novio, todo estará bien.

Por lo que tengo entendido, tiene un ejército impresionante a su disposición y no le agradan nuestros enemigos. Nunca pensé que vería el día en que mi padre negociaría con los trols, pero vaya... Tiempos desesperados y todo eso. Ilsevel no está del todo interesada en la idea, pero Padre dice que tú puedes usar tu don divino y hacerla entrar en razón. ¡Espero que puedas, por el bien de todos! Aunque no puedo decir que culpe a la pobre Ilesie cuando pienso en ello. O sea... *trols*.

Hace un gesto al pronunciar la última palabra, una ola de disgusto fluye de él. Agarro mi cristal un poco más fuerte, respirando al tiempo de su débil pulso. He escuchado lo que se dice de los trols, por supuesto: historias de los mercaderes de caravanas que se detienen en el convento para buscar refugio en su camino sobre las Montañas Ettrianas. Cuentan de monstruos horribles con piel de piedra que, colosales, alcanzan más de dos metros, con puños como rocas y dientes de gemas brillantes. Devoradores de hombres. Trituradores de huesos. Brutos sin cerebro ni conciencia.

Me cuesta imaginar a tales criaturas teniendo un rey. Me cuesta aún más imaginar a mi padre negociando con tal rey por la mano de Ilsevel. Independientemente de lo que piense de mí, Padre siempre ha amado a mi hermana, con su risa presta y su temperamento agudo, su imprudencia y su valor. De todos sus hijos, Ilsevel es la más parecida a él... y muchas veces lo escuché suspirar y lamentarse de que no hubiera nacido niño.

¿Hasta qué punto se han torcido las cosas para que él quiera casarla a *ella* con un monstruo?

El carruaje se detiene de golpe. El movimiento es tan abrupto que casi caigo de mi asiento. Mi hermano maldice y extiende ambas manos para apoyarse contra las paredes.

—¿Qué demonios está pasando? —gruñe, agarrando su espada y usando la empuñadura para golpear el techo con tres golpecitos afilados—. ¡Hey! ¡Fantar! ¿A qué se debe este parón?

Un grito apagado. Seguido de un ruido seco en el techo del carruaje.

Mi corazón comienza a correr.

—¿Theodre?

Mi hermano, desconsiderado conmigo, murmura otra maldición y tira de la cortina hacia atrás para sacar la cabeza por la ventana.

—¡Fantar! Hace un frío que parece escupido por los dioses, hombre. ¡No nos dejes sentados por ahí... *arg!*

Una explosión de ondas de choque sale de Theodre. Sólo tengo los medios suficientes para estirar ambas manos, agarrar su cinturón de joyas y arrastrarlo de regreso al carruaje. Hay un destello de fuego al otro lado de la ventana, el brillo de la hoja de una espada cortando el espacio donde su cuello había estado apenas un momento antes.

Theodre se desploma en su asiento.

—¡Por los cielos ardientes! —jadea, con la sangre fluyendo de sus mejillas—. ¡Son esos malditos unicornios!

No tengo palabras para interrogarlo. Todo el infierno se ha desatado justo al otro lado de la puerta del carruaje. Los hombres están gritando, los caballos relinchan aterrorizados. A través de una grieta en la cortina, veo destellos de rojo ardiente, llamas titilantes. Y en mi cabeza... explosiones de terror. Terror que no es mío. Que me golpea con la fuerza de un ariete.

Me deslizo de mi asiento hasta el suelo del carruaje, agarrando mi pendiente de cristal. Mi hermano me mira fija-

mente. Su miedo es lo peor del asalto. Me golpea con una intensidad brutal. Parpadea una vez. Entonces, agarrando su espada decorativa con una mano, se tambalea con la puerta del otro lado del carruaje, la empuja para abrirla y cae al exterior. Por un momento, me siento abrumada por el alivio al sentir cómo se lleva su terror con él.

Otro grito estalla en mis oídos. ¿Theodore? ¿Uno de nuestros hombres? No puedo saberlo, no puedo adivinar. ¿Qué debo hacer? ¿Quedarme aquí agachada como un ratón en una trampa, esperando hasta ser encontrada y arrastrada por el cabello? Seguramente, eso debe ser peor que enfrentar lo que sea que me esté esperando afuera.

Aprieto la mandíbula, me muevo hacia la puerta del carruaje semiabierta y la empujo un poco más. Un error. El caos absoluto se encuentra con mis ojos. Los jinetes pasan montados sobre criaturas con forma de caballos con monstruosos cuernos en llamas sobresaliendo de sus cráneos. Son hermosas, terribles, gloriosas criaturas montadas por seres igualmente hermosos, terribles y gloriosos. Las largas cabelleras ondean al viento, los brillantes rostros se encienden con alegría y sed de sangre, blandiendo espadas que arden tan brillantes como los cuernos de sus monturas. No llevan armadura —de hecho, parece que no llevan casi nada—, sus musculosos cuerpos de apariencia divina se muestran por completo mientras rodean a su presa y la matan.

Veo los cascos de plata de los guardias de mi hermano. Luchan valientemente a caballo, esforzándose por defender el carruaje. Uno por uno, son arrancados de sus corceles. Sangre, terror y muerte asaltan mis sentidos. Me quedo congelada en mi lugar, paralizada.

Una vez más, mi don divino resulta ser una maldición.

Un jinete se da vuelta de pronto, sus ojos violetas brillan en un rostro de tan desgarradora belleza que pierdo el aliento. Me ve y sonrío, con afilados colmillos. Mete sus talones en los flancos de su unicornio y empuja a la bestia directo hacia mí. Mi visión está llena de llamas y risas y el filo de una espada levantada.

Actuando por impulso de supervivencia, salto del carruaje, golpeo el suelo con fuerza y ruedo debajo. Mis faldas se arrastran y quedan atrapadas, pero me las arreglo para ocultarme por completo justo antes de que las pezuñas se detengan al nivel de mis ojos.

Al momento siguiente, un par de pies desnudos aterrizan en el camino. Mi perseguidor cae sobre sus manos y rodillas, gira su cabeza para sonreírme donde estoy escondida.

—Holo, cosa bonita —dice en un idioma que no conozco, pero que de alguna manera comunica un significado perfecto al llegar a mis oídos—. ¿Salir a jugar?

Estira su mano debajo del carruaje, sus largas uñas rasguñan mi cara. Su lujuria salvaje me golpea como un cuchillo en la cabeza. Me retuerzo hacia atrás. Los caballos relinchan de miedo, y el carruaje se tambalea. Apenas me salvo de ser aplastada por una rueda que atrapa mi falda y mi abrigo, y me inmoviliza en mi lugar. Ahogo un grito, suelto el broche de mi capa, luego agarro mi falda con ambas manos y la arranco. La tela se rasga en un largo tajo que llega hasta mi muslo. Salgo tambaleante de mi refugio bajo el carruaje, luchando por encontrar el equilibrio.

Un movimiento atrae mi atención. Levanto la mirada para observar a mi atacante, que ha saltado a la parte superior del carruaje y se cierne sobre mí. Sostiene su espada a un costado para mantener el equilibrio, pero cuando me ve, la levanta

por todo lo alto. Echa atrás su cabeza y lanza un profundo y ululante grito de triunfo.

Como por arte de magia, un cuchillo aparece en su garganta.

Sus ojos se abren de par en par. Me invade una oleada de sorpresa. Deja caer su espada, y su mano se acerca a la empuñadura del cuchillo. Asombrado. Como si no lograra comprender cómo llegó el cuchillo hasta ahí.

Al momento siguiente, cae como una masa sin vida a mis pies.

Bajo la mirada para observar al ser, tan hermoso incluso en la muerte. Su quietud es cruda, el repentino silencio de aquellas poderosas emociones que me azotaban hace apenas un instante. Estoy entumecida, congelada.

Antes de que consiga articular un solo pensamiento coherente en mi cabeza, unos cascos atronadores resuenan en mi oído. Giro justo a tiempo para vislumbrar una enorme forma oscura que se cierne sobre mí. Una figura se inclina hacia un costado de la silla de montar; un brazo se extiende. Dejo salir un pequeño quejido de sorpresa justo un instante antes de quedarme sin aliento y ser levantada por los aires. Por un terrible momento, creo que me han golpeado.

Luego, de pronto... *calma*.

No sé cómo describirlo. Donde un instante antes el mundo entero era asaltado por el horror, con todos mis sentidos estallando de dolor, ahora hay quietud. Paz. Al principio estoy tan conmocionada que ni siquiera intento comprender lo que me rodea. No puedo hacer otra cosa que cerrar los ojos e inclinarme hacia esa calma, esa tranquilidad.

Poco a poco, recupero la conciencia. Me doy cuenta de que ya no estoy sobre mis pies. Estoy sentada. Sentada a lomos de una gran bestia que se tambalea y rodeada por un par

de poderosos brazos. Suelto un grito ahogado y me retuerzo en mi sitio, intentando hacerme una idea de mi captor. Un par de ojos sorprendentemente plateados me miran. Me lleva varias respiraciones darme cuenta de que el rostro al que pertenecen esos ojos es de un azul antinatural. Por el momento, sus ojos lo dominan todo.

Al mirarlos fijamente, reconozco de inmediato la fuente de esa calma.

Sus labios se están moviendo. Él está diciendo algo, pero no tengo idea de qué.

—¿Pe-perdón?

—¿Estás bien? —repite él. Habla mi idioma, pero sus palabras están fuertemente acentuadas por un gruñido ronco que no me resulta familiar.

—¡Apenas lo sé! —parpadeo, sacudo la cabeza y miro mi cuerpo tembloroso—. ¿Creo que sí?

—Bien —dice. Luego—: Mantente agachada.

Una mano en mi espalda me obliga a inclinarme sobre el cuello de la bestia en la que cabalgamos. Un cuello grueso y musculoso, con una crin negra, que al principio me parece la de un caballo. Pero no, son escamas lo que veo entre las manchas de pelo. Esto, definitivamente, no es un caballo.

No tengo tiempo de preguntar más antes de que un destello de fuego atraiga mi mirada hacia un costado. Un jinete de unicornio se abalanza sobre nosotros con la boca abierta en una carcajada salvaje y asesina. Empuña su arma, pero el hombre que tengo a mis espaldas tira de sus riendas y su bestia lo esquiva. El acero y las llamas silban al pasar cerca de mi oreja. Se oye el sonido espeso de una hoja golpeando carne. El unicornio lanza un grito espeluznante. Caballo y jinete caen al suelo.

Observo fijamente con la boca abierta, horrorizada. Y, sin embargo, esa quietud, esa calma, todavía me rodea. La más extraña e inesperada sensación.

Un brazo rodea mi cintura y me aprieta contra un pecho sólido.

—Mejor, agárrate —murmura la voz acentuada cerca de mi oído.

Apenas tengo tiempo de aferrarme con un puño a la espesa crin antes de que él ponga en movimiento a su bestia. Avanza a trompicones, pero no parece galopar. Es como si el monstruo se hubiera convertido en una sombra veteadas. Aún puedo sentir la cálida solidez de su cuerpo debajo de mí, pero no puedo ver más que una impresión de impetuosa oscuridad.

Nos abalanzamos sobre otro unicornio en llamas y su jinete. Vuelvo la cara y cierro los ojos mientras el brazo armado de mi salvador se mueve. Gritos lejanos de rabia y muerte estallan en el aire, pero parecen pertenecer a otro mundo, mientras que yo, aquí, en mi pequeña esfera de existencia, estoy rodeada de paz.

El desconocido tira de las riendas. Su bestia se detiene, solidificándose de repente. Sus enormes cascos repiquetean sobre las piedras. Ya no estamos en el camino, subimos por la ladera de la montaña. Ningún caballo podría escalar una pendiente tan pronunciada. Cuando miro hacia atrás, la vista me revuelve el estómago.

El brazo que me rodea la cintura se tensa ligeramente.

—No temas, mi señora. Knar es de paso firme. ¿Nos reunimos con los demás?

Parece que olvidé cómo hablar. No consigo hacer algo más que asentir y apretar la crin en mi puño. ¿Estoy imaginando

el pulso de un corazón a mi espalda? Un latido tan fuerte y constante que me cala hasta los huesos. Como el pulso de mi cristal, pero mucho mayor, mucho más fuerte.

Sacudo la cabeza y miro hacia abajo, al camino. Los jinetes de unicornios han huido; todavía puedo ver a algunos de ellos desvaneciéndose en el crepúsculo, con sus cuernos flameantes y sus diabólicas espadas en llamas. Pero demasiados cuerpos rotos y aplastados yacen alrededor del carruaje.

—¡Mi hermano! —consigo jadear, encontrando por fin la voz—. ¿Dónde está mi...?

No me da tiempo a terminar antes de oír una voz familiar que grita:

—¡Quitadme las manos de encima, asquerosos muerde rocas!

Al girarme hacia el lugar de donde proviene el sonido, veo a Theodre un poco más arriba, rodeado de tres altas figuras. Son asombrosamente pálidas, con la piel ligeramente azulada y el pelo blanco. Dos hombres, una mujer, cada uno con las manos en alto, intercambiando miradas incómodas. Theodre está parado en medio de ellos, blandiendo su espada decorativa en arcos erráticos. Perdió el sombrero y sus largos mechones untuosos brillan a la luz del fuego. Parece un perro faldero gruñéndole a una manada de lobos.

—¿Supongo que ése es el hermano en cuestión? —dice la voz a mi espalda.

—Sí, así es —me sonrojo cuando Theodre lanza otro torrente de improperios contra nuestros salvadores.

¿Son nuestros salvadores? Miro a mi alrededor y descubro más monstruos escamosos y extraños como la bestia en la que estoy montada. Son tan aterradores como los unicornios, si no es que más. Y esta gente... deben ser feéricos. ¿Me sal-

varon de un grupo de enemigos sólo para terminar cautiva de otro?

—Por favor —digo, volviéndome para mirar al jinete detrás de mí—. Mi hermano está asustado. No es que quiera decir todo eso.

—¡Que los dioses asolen tus nudillos con pústulas! —grita Theodre.

El desconocido enarca una ceja.

—Suena bastante vehemente —su boca esboza una media sonrisa—. Pero se ha llevado un buen susto. No todos los hombres están hechos para la batalla. Veamos si podemos aliviar sus temores.

Dicho esto, guía su monstruo hasta el pequeño círculo. Theodre lo ve venir, y su rostro palidece al ver el horrible corcel. Sus rodillas tiemblan, y temo que se desmaye allí mismo.

—Está bien, Theodre —le digo—. Ya estás a salvo.

La mirada de mi hermano se dirige a mi rostro y, por un momento, su miedo es desplazado por la sorpresa.

—¡Faraine! En el nombre de los siete dioses, ¿qué estás haciendo ahí arriba? —su voz es acusadora, como si lo hubiera traicionado de alguna manera.

Aprieto los labios y empiezo a bajar de la silla. El desconocido me ayuda de inmediato y, con ligereza, me pone en pie. Me tambaleo, un poco inestable, pero consigo abrirme paso entre las altas figuras hasta llegar al lado de mi hermano. Su miedo me azota como un látigo. Hago una mueca de dolor, pero aun así le tiendo la mano.

—Estás a salvo, hermano —repito—. Éstos son nuestros salvadores. No percibo ninguna amenaza proveniente de ellos.

—Ellos son seres feéricos —escupe Theodre, con el labio torcido por el disgusto—. Ellos siempre son una amenaza.

—Tal vez —echo un vistazo a los cuerpos arrugados que nos rodean, tanto humanos como de otro tipo—. Pero no para nosotros. Al menos, no esta vez.

Theodre lucha por dominarse. Tras un momento de vacilación, toma la mano que le ofrezco. Contengo un grito cuando el contacto de nuestras pieles hace que sus emociones suban por mi brazo. Intento devolverle algo a través de esa conexión, un poco de la calma que experimenté hace un momento de forma tan inesperada. Theodre se estremece y empieza a retroceder, pero cuando aprieto un poco más sus dedos, deja de resistirse. Al cabo de un rato, parece recobrar fuerzas. Levanta la barbilla, se vuelve y se dirige al desconocido que sigue montado en el lomo de la bestia.

—Este camino pertenece al rey Larongar de Gavaria. Exijo saber quiénes sois vosotros que os habéis atrevido a transitarlo —dice mi hermano.

Avergonzada, levanto la mirada. El desconocido inclina la cabeza hacia un lado y observa contemplativamente a mi hermano. Esa media sonrisa sigue presente en la comisura de sus labios.

—Soy el hombre que acaba de salvarte de terminar convertido en forraje de unicornio.

Theodre se incorpora, con el pecho hinchado y las fosas nasales dilatadas.

—¡Tendré una respuesta de tu parte! ¡En el nombre del rey!

Una de las pálidas figuras que se encuentran cerca da un paso adelante, llevándose una mano a la espada envainada que lleva al cinto.

—Le advierto, señor, que debe mostrar el debido respeto —gruñe ella con voz siniestra.

—Paz, Hael —dice el extraño del monstruo. Baja de su montura y se acerca a nosotros. Cuelga cerca de su mano una espada flamígera, cuyo brillo rojo resplandece sobre su piel teñida de azul y hace que los planos de su rostro destaquen en ángulos agudos—. Estoy seguro de que el pequeño humano no quiere hacer daño.

—¿Pequeño humano? —mi hermano parece a punto de estallar. Intento apretarle la mano de nuevo, pero él la retira—. ¿Sabes acaso quién soy? ¡Yo soy Theodre, príncipe de la Casa de Cyhorn, heredero del trono de Gavaria!

—Ah, ¿sí? —El desconocido mira a Theodre, con las cejas ligeramente levantadas—. Y yo soy Vor, rey de Mythanar, Señor Protector del Reino Bajo.

Alzo la vista y me encuentro con esos brillantes ojos plateados. El corazón parece estar atrapado en mi garganta. De repente, me doy cuenta de quién es nuestro salvador: el Rey Sombra.